

EL NUEVO DESPERTAR DE ASIA

EL IMPACTO DE OCCIDENTE

EL nuevo despertar de Asia es el tema de este artículo. Estoy seguro de cuál es el motivo de la elección de la palabra «nuevo despertar». Es cierto que Asia está despertando en estos momentos; el mundo occidental ya se ha dado cuenta, porque esta gran conmoción que ha empezado a dejarse sentir en Asia en nuestra época ha hecho un impacto en nuestras propias vidas, un impacto que no es solamente impersonal, sino que está afectando a diario la vida de la mujer y el hombre de tipo medio de Europa occidental, América, Australia y Nueva Zelanda. Pero hay dos aspectos de lo que está sucediendo en Asia, que posiblemente muchos de nosotros, aquí en Occidente, no hayamos captado aún muy claramente. El primer aspecto es que, al agredirnos —como Asia lo está haciendo actualmente en los campos petrolíferos del sur de Persia, entre otros sitios—, Asia no está agrediendo al mundo exterior a ella, se está agrediendo a sí misma. El segundo aspecto es que, al despertar, como está despertando ahora, Asia no está despertando por primera vez. Cada uno de estos puntos, creo yo, es digno de ser estudiado a fondo.

En primer lugar el que se refiere a su agresión. Nos puede parecer que Asia está tomando la ofensiva contra nosotros, pero para los pueblos asiáticos esto no presenta el mismo aspecto. Para ellos aparece como si, por fin, estuvieran empezando a mantener su puesto y a hacer valer sus derechos frente a una ofensiva del Occidente que han estado sufriendo cuatro siglos y medio como mínimo, puesto que han estado sintiendo nuestra presión desde que Vasco de Gama llegó por mar a la India, doblando el Cabo de Buena Esperanza en 1498. Durante todo este tiempo, tal como los pueblos asiáticos lo ven, han sido dominados. Hacia fines del si-

glo XIX un mundo occidental que se expandía agresivamente, casi ha conseguido reducir totalmente a Asia. Si se ha salvado, a última hora, de la dominación militar, política y económica del Occidente —y Asia no está todavía segura de haberse salvado— lo ha conseguido sólo a duras penas. Este es, yo creo, un resumen del punto de vista asiático. Pero, ¿qué punto de vista está más cerca de la verdad? Asia, ¿es nuestra? Personalmente, yo diría que, en conjunto, el capítulo moderno de la historia del mundo está más de acuerdo con el punto de vista asiático que con el nuestro en este episodio de nuestras relaciones con Asia. Si lográsemos salir de nuestro ángulo limitado de visión occidental y mirar el panorama, no como occidentales, sino como seres humanos, creo que veríamos que el punto de vista asiático es, de los dos, el más cercano a la realidad. Los pueblos asiáticos están ahora reaccionando simplemente a un previo impacto del occidente sobre ellos, y este impacto fué tan violento y sostenido durante tan largo tiempo, que era inevitable una vigorosa reacción asiática más tarde o más temprano. La reacción que estamos experimentando ahora era de esperar. No nos debería coger de sorpresa, y sería ridículo que nos permitiésemos resentirnos por ella.

Por lo que toca al segundo aspecto, el presente despertar de Asia es un nuevo despertar de un trance que no ha sido su estado normal, y que no ha ocupado tampoco más que una fracción de la historia de su vida hasta la fecha. Estos cuatro siglos y medio de impotencia y sujeción parecen un largo tiempo a los pueblos asiáticos sólo porque cualquier época, aunque sea corta, tiene que parecer larga a cualquiera que se vea obligado a pasarla viviendo peor que un perro. Asia, como todos sabemos, ha estado despierta antes. Despertó primeramente a la civilización —si pensamos que la civilización es estar despierto— mientras que el resto del mundo estaba durmiendo todavía el sueño largo y tranquilo de la vida primitiva. Acabo de decir «Asia despertó a la civilización por primera vez»; pero me gustaría abandonar por un momento estas denominaciones convencionales «Asia» y «Occidente», que yo, personalmente, creo son superficiales y tienden a crear confusiones. Preferiría hablar simplemente de nosotros, queriendo significar por «nosotros» la «raza humana», y preferiría decir que Asia fué el lugar donde *despertamos* por primera vez.

Hay una razón real, yo creo, en este cambio de palabras. La razón es que los progresos conseguidos por Asia durante los cuatro

Los cinco mil años que van aproximadamente hasta el año 1500 de nuestra era fueron el fundamento de la civilización moderna de Occidente, que desde entonces ha conquistado los Océanos y ha dominado la propia Asia. La fuerza extraída por la humanidad de Occidente de los progresos conseguidos previamente por la humanidad de Asia fué la fuente del poder que más tarde permitió a una pequeña minoría occidental de la raza humana dominar a la mayoría durante cierto tiempo, y la Historia continúa con el mismo ritmo de dar y tomar. Puesto que la fuente de poder que está ahora permitiendo a la mayoría de la Humanidad en Asia rehacerse frente a una minoría occidental, es la fuerza que Asia ha comenzado a extraer, dentro de nuestra misma época, de los recientes progresos de Occidente. En el siglo XIX nuestro predominio occidental había conducido a Asia a un punto en el cual se enfrentaba con la necesidad de escoger entre aprender el uso de nuestra maquinaria occidental o sucumbir. Naturalmente escogió aprender el uso de esta tecnología extraña, de Occidente, y hasta cuando hoy día está tratando de hacer valer sus derechos contra Occidente nos está resistiendo con armas occidentales.

Si Asia pudiera parar ahí quizá podríamos imaginar que el mundo tornaría a algo así como al estado de equilibrio en el cual había estado antes de que Vasco de Gama doblara el Cabo y anclara en Calcuta. Podríamos imaginar que los pueblos asiáticos adoptarían solamente la suficiente tecnología del Occidente moderno para rechazarnos hasta nuestros propios límites occidentales de nuevo y mantenernos en ellos en el futuro, y podríamos imaginarnos que Asia se adormecería otra vez. Pero el actual problema de la Humanidad no es, desde luego, tan simple como todo esto.

Pero ocurre que nuestra tecnología occidental no es estática. En los últimos doscientos años por lo menos esta tecnología ha estado avanzando a un paso que ha ido acelerándose en progresión geométrica. Su avance no ha mostrado todavía ningún signo de llegar a un alto, y este es un obstáculo con el que chocaron, en el capítulo moderno de la Historia, los japoneses. Hace bastante más de trescientos años, alrededor del 1630, cuando los japoneses habían aprendido el modo de utilizar y hacer la artillería occidental y las pequeñas armas de aquella época, echaron a los intrusos occidentales del Japón, volviendo sus armas occidentales contra ellos de modo muy competente, y luego deliberadamente volvieron a

dormirse; pero no durmieron en paz mucho más de dos siglos, y después tuvieron un rudo despertar. Despertaron para encontrar que mientras tanto el continuo y siempre acelerado progreso de la tecnología occidental se les había escapado. Despertaron en los años del 1850 para encontrarse a merced del poder occidental, y sólo consiguieron salvarse saltando de la cama rápidamente y lanzándose a un nuevo e intenso curso de escuela occidental. Durante los cien años en que los japoneses han aparecido de nuevo en un mundo que estaba occidentalizándose rápidamente, han tenido algunas grandísimas equivocaciones y han cometido terribles crímenes, que tendrán que pagar caros, como es justo. Pero es significativo, yo creo, el que los japoneses no hayan repetido la misma equivocación del siglo XVII de imaginarse que podían volver a dormirse de nuevo.

Si la humanidad de Asia se quiere mantener suficientemente a la vanguardia de los últimos adelantos de nuestra tecnología occidental para defender sus derechos en el mundo, sabe ahora que tendrá que mantenerse en movimiento, por lo menos en lo que respecta al plano tecnológico y económico de actividad humana. Pero esto significa movimiento en todo lo demás, porque la vida nunca admite por largo tiempo estar dividida en compartimientos separados. Es imposible construir un muro que separe en una parte tecnología y la política económica y en la otra la ética y la religión, porque nuestra tecnología occidental no es sólo un eficiente y poderoso medio de hacer lo que deseamos con la Naturaleza inerte. Comprende algo más que esto; tiene latente una idea, un ideal, una esperanza, y estos imponderables «compañeros espirituales de viaje» de nuestra tecnología occidental no pueden ser mantenidos a distancia. Sabemos que nosotros mismos en Occidente no podemos eludir las consecuencias espirituales de nuestros propios inventos técnicos, y es igualmente imposible para cualquier pueblo asiático que haya adoptado nuestra tecnología occidental.

¿Cuál es esta esperanza, este ideal, esta idea que la moderna revolución industrial de Occidente nos ha traído? Es la posibilidad, y, por lo tanto, el deber de reducir y quizá al final abolir totalmente la odiosa desigualdad social entre una clase de seres humanos y otra, que junto con la guerra ha sido uno de los mayores borrones en el diario de la civilización humana. En Asia, en Europa y en América sucesivamente la civilización ha desarrollado para nosotros durante los últimos mil años un progreso en el arte

y en la ciencia, que ha ido vertiginosamente deprisa y lejos comparado con el paso de tortuga de nuestros progresos en estos mismos campos durante los cientos de miles de años en los cuales hemos estado viviendo en un nivel primitivo hasta que el nacimiento de la civilización siguió al nacimiento de la raza humana. Pero este nuevo y reciente modo de vida que llamamos «civilización» nos ha hecho pagar los beneficios materiales y espirituales que nos ha traído, dividiendo la familia humana. Nos ha dividido en propietarios de esclavos y esclavos, amos y criados, una activa y competente minoría y una pasiva e indefensa mayoría, de la cual la minoría ha exigido un exorbitante tributo en forma de privilegio a cambio de servicios indispensables que esta minoría ha rendido a la sociedad.

Hasta hace poco este tipo de extrema desigualdad ha sido siempre el tipo *standard* de una sociedad en proceso de civilización. Ha habido algunos intentos en el pasado de romper con estos moldes y construir un modo mejor de vivir; uno que se acercara más al ideal de la hermandad de los hombres. Atenas representa uno de estos intentos, Florencia otro, y después de la llegada del cristianismo y el Islam al mundo este ideal de la hermandad entre los hombres encontró una base religiosa en la creencia en un padre común o al menos una soberanía común de Dios. A pesar de esto esos primeros intentos de realizar este ideal se hicieron sólo en diferentes lugares y con largos intervalos, y ninguno de ellos tuvo un éxito duradero. El panorama no empezó a cambiar hasta que hace menos de doscientos años empezamos a intentar en el moderno Occidente sacudirnos la desigualdad social que la civilización había producido. Este intento del moderno Occidente de realizar el ideal de justicia social está todavía, desde luego, muy lejos de haber alcanzado su meta, pero al menos ha llegado más lejos y se ha mantenido durante más tiempo que cualquiera de los anteriores intentos, y la razón de este éxito comparativo actual es, yo creo, que esta vez hemos estado librando nuestros combates en dos frentes a la vez. Nuestra revolución social del Occidente moderno —pues esto es lo que significan los cambios sociales de los dos últimos siglos— ha sido una revolución económica al mismo tiempo que política. No en balde la revolución industrial del siglo XVIII en Gran Bretaña estalló al mismo tiempo que las revoluciones políticas de 1775 en América del Norte y de 1789 en Francia. La revolución industrial ha dado a nuestro mundo moderno de Occi-

dente una ventaja que ninguna otra civilización anterior había disfrutado. Le ha dado el poder material para poner sus ideales sociales en práctica. Por primera vez en la Historia una sociedad ha tenido a su alcance los medios prácticos para hacer llegar las dádivas de la civilización de una minoría privilegiada a toda la Humanidad.

Desde luego, de este poder, como de todo poder, se puede hacer mal uso. Podemos utilizar nuestra técnica, como ahora hemos comprobado tristemente, no para hacer llegar los beneficios de la civilización a todas las clases, sino para destruir la civilización y quizá hasta para extinguir la vida de este planeta. Este trágico final de las historias de la civilización y de la Humanidad es una posibilidad, pero es también sólo una de las posibilidades, y la otra es que podamos después de todo utilizar este gran don de vasto poder sobre la naturaleza física con los benéficos propósitos para los cuales está manifiestamente ideado. Este es el resultado que el reciente progreso de nuestra tecnología occidental ha creado para Occidente, y ahora y aquí llegamos al aspecto que quiero estudiar en relación con el asunto que nos ocupa: el mismo resultado surge de cada comunidad, en el mundo occidental o fuera de él, que adopta esta retardora técnica europea. Los pueblos asiáticos la han adoptado, como ya hemos observado, para cumplir su propósito de hacer valer sus derechos frente a Occidente; pero no pueden adoptar la tecnología para su propósito sin exponerse a todos sus efectos sociales. Al adoptar la tecnología los pueblos asiáticos se han expuesto al reto que la tecnología lanza a un régimen de desigualdad social que es tan viejo como la civilización. Por eso no dudo en profetizar que una Asia que haya dominado el uso de nuestra maquinaria occidental se encontrará luchando con su problema doméstico de injusticia social mucho antes de que haya acabado de ajustar cuentas con el Occidente.

En el presente, sin duda, la lucha de Asia para librarse de un dominio temporal de Occidente sobre sus costas alcanza a ambas partes. No voy a intentar discutir las razones y sinrazones de esta lucha; haré simplemente constar mi opinión propia de que la recuperación de la libertad política y económica de Asia es una conclusión prevista y que pondrá al moderno capítulo de la Historia un final por el que nosotros los occidentales no tenemos ningún derecho a resentirnos ni ninguna razón de lamentar. Probablemente muchos de los que me estáis leyendo habéis pasado como yo

por la experiencia de conocer a los indios antes y después del momento, ahora hace casi cuatro años, en que nosotros los ingleses cesamos de intervenir en el gobierno de la India, de acuerdo con las promesas que habíamos estado haciendo y cumpliendo gradualmente durante treinta años hasta 1947. Si habéis tratado con los indios antes y después del gran y, como yo diría, glorioso suceso en la historia de la India y Gran Bretaña, me pregunto si os habéis dado cuenta, como yo lo he hecho, de que la atmósfera de relaciones entre los indios y los ingleses ha mejorado mucho más de lo que se podía esperar. Sobre el nuevo y saludable pie de igualdad entre nosotros, por primera vez, me parece a mí, nos hemos hecho amigos. Esta nueva amistad entre dos pueblos independientes es una relación entre nosotros que no era posible mientras estuviéramos divididos por la barrera política de ser súbditos unos y gobernantes los otros. Nosotros, indios e ingleses, nos encontraremos ahora, yo creo, capaces de hacer juntos cosas en las cuales no podíamos haber colaborado bajo el antiguo régimen. La independencia política obtenida ahora por la Unión India y por el Pakistán y Burma será también conseguida, estoy seguro, antes de mucho tiempo, por cada uno de los países asiáticos que han estado gobernados por el Occidente últimamente. La lección moral de nuestra renuncia a los Gobiernos de Burma, Pakistán y la India me parece a mí que es, en lo que respecta a la parte que debe hacer la concesión, que la mejor política es salir al encuentro de lo inevitable. «Lo que hagas, hazlo deprisa», es un precepto que se aplica a los actos de buena fe no menos que a los de traición.

De grado o a la fuerza, rápidamente o despacio, todos los dominadores temporales de Occidente de los países asiáticos, yo creo van a tener que abdicar en un futuro próximo; y esta perspectiva, si es que la he predicho correctamente, nos permite otear el próximo capítulo de la historia. Cuando la lucha de Asia por librarse del dominio occidental sea una historia antigua, como pronto será, ¿cuál va a ser el efecto consiguiente de la tecnología occidental en la vida social y doméstica de los pueblos asiáticos, que han tenido que adoptarla para utilizarla como arma a fin de librarse de la dominación occidental? Esta pregunta surge porque la Revolución Industrial está resultando ser «una calle con una sola dirección». Una vez que una comunidad se ha lanzado a la Revolución Industrial, sea cual fuera su propósito, no puede dejar atrás la técnica moderna y sus implicaciones sociales simplemente porque ha con-

seguido el propósito original para el cual adoptó esta técnica. En Asia, como en Occidente, la técnica producirá un fermento social. Y en Asia este fermento, creo adivinar, será todavía más violento que en Occidente, porque en Asia el antiguo tipo *standard* de civilización apenas si ha empezado a humanizarse. En Asia, la tradicional minoría privilegiada y la mayoría oprimida se enfrentan todavía la una con la otra en duro contraste. Este cisma en el cuerpo social de una sociedad en proceso de civilización ha perdido poco a poco su acritud hasta ahora; y una tecnología occidental importada está retando ahora a esta antigua desigualdad social asiática al despertar en las almas de los oprimidos campesinos asiáticos esas ideas, ideales y esperanzas que yo he llamado «compañeros de viaje espirituales de la tecnología».

Asia hoy día casi podría ser definida como aquella parte del mundo en la cual estas esperanzas, ideales e ideas, que la tecnología lleva consigo a todas partes, están todavía solamente comenzando la tarea en la cual, en nuestro mundo occidental, han estado trabajando durante casi dos siglos. Ahora bien, si definimos a Asia de acuerdo con estos límites sociales, veremos que Asia representa una gran parte del mundo que va más allá de los límites del Continente que ha sido denominado «Asia» por los geógrafos. Esta Asia social a la que me refiero incluye, por ejemplo, África entera y la América india entera, y por «América india» quiero significar una cadena de Repúblicas superficialmente latinas en las cuales unos oprimidos campesinos nativos constituyen la mayoría de la población, bajo el mando de una minoría privilegiada de origen europeo. Esta «América india» se extiende hacia el Norte desde Paraguay y Bolivia a Méjico inclusive; y en Méjico, en el umbral de los Estados Unidos, el volcán asiático estalló en erupción en 1910, un año antes de que estallara en China. Bajo la sorprendente superficie de las continuas revoluciones que han ido sucediéndose en Méjico y en China durante los últimos cuarenta años, existe un fenómeno que es simple y claro. Una clase campesina que se había conformado anteriormente, y esto durante cientos y miles de años, con servir como leñadores y aguadores a una privilegiada minoría, ha despertado al fin de su letargo. Se había conformado con su mala suerte durante todo ese tiempo porque, durante todo ese tiempo, nunca había soñado que existiese una posibilidad de mejorar. El impacto del Occidente ha introducido este sueño en la imaginación de las clases campesinas china y mejicana.

El sueño ha movido a estos dóciles fatalistas a hacer valer sus derechos. Y lo que ha estado sucediendo en Méjico y en China en nuestra época, parece probable que suceda también uno detrás de otro en cada uno de los países en que todavía prevalecen esas tradicionales condiciones asiáticas.

Este progresivo despertar de la oprimida clase campesina del mundo va a ser, tal como yo lo veo, el verdadero nuevo despertar de Asia. Es un nuevo despertar con el que las minorías que dominan en Asia tendrán que contar mucho después de que los dominadores occidentales temporales de algunos países asiáticos hayan desaparecido del escenario político social. Pero esto es algo más que un problema local, porque esta clase campesina asiática que está ahora despertando desde la China al Perú y desde Méjico a Java, representa por lo menos las tres cuartas partes de la generación actual viviente de la Humanidad. Es un problema mundial. Es uno de los acontecimientos que van a ser decisivos para el destino general de la raza humana en un capítulo de la Historia que ahora está sólo comenzando.

¿Cuáles son las perspectivas? La próxima etapa del peregrinaje terreno de la Humanidad no será fácil, ciertamente. La clase campesina que está despertando, al ser humana no es probable que sea razonable, y al ser ignorante, aún más que el término medio de los demás seres humanos, puede llevar su irracionalidad a peligrosos extremos. Ignoran lo que la tecnología puede hacer y lo que no, y están dispuestos a pedirla milagros que van más allá de su capacidad. En su ignorancia están dispuestos a creer que esta remota tecnología occidental es un cuerno de la abundancia que puede arrojar el bienestar para todos con sólo dar vuelta a una manivela. Si este torrente de cosas buenas no sale atropellándose en seguida, están dispuestos a sospechar que una mano malintencionada está obstruyendo la maquinaria con propósitos secretos y siniestros. No comprenden que las fuerzas que han convertido en realidad esta tecnología de origen occidental y la han mantenido en marcha desde entonces han sido, no fuerzas mecánicas visibles que trabajan sobre la materia inerte, sino fuerzas morales invisibles que trabajan en seres humanos —los compañeros de viaje espirituales de la tecnología, en efecto—. No comprenden que si quieren obtener beneficios materiales eventuales de esta tecnología deben primero colocar tesoros espirituales en ella —tesoros tan raros como auto-disciplina, paciencia e inteligencia—. No comprenden tampoco que

no pueden cosechar los beneficios de este nuevo orden social y al mismo tiempo apegarse a las tradicionales costumbres, que han llegado a ser malas costumbres en la nueva situación, aunque hayan podido ser consideradas bajo otro aspecto en situaciones más familiares que ahora se han quedado anticuadas.

Sobre todo, la clase campesina del mundo que aún tiene mentalidad asiática, no parece haber empezado aún a enfrentarse con la dura, pero crucial verdad, de que no pueden aprovechar el aumento de producción conseguido mediante la tecnología para elevar su nivel de vida, hasta ahora abismalmente bajo, y al mismo tiempo utilizar este nuevo activo para educarse dentro del margen que deja este aumento de producción sobre la base de su antiguo nivel de miseria. Quieren las dos cosas: continuar educándose dentro del límite, ahora ensanchado, y al mismo tiempo utilizar este mismo margen de producción para elevar su nivel de vida —y elevarlo considerablemente—. En otras palabras: desean comerse el pastel dos veces, y esto es, desde luego, tan imposible como comer un pastel una vez y tenerlo todavía. Además, este pastel que quieren comerse dos veces es más pequeño de lo que ellos suponen. No sé si, desde que hemos aprendido a dividir el átomo, hemos adquirido teóricamente el conocimiento necesario para incrementar hasta el infinito nuestra producción económica, o si solamente hemos adquirido el conocimiento necesario para borrar nosotro mismos de la superficie del planeta. Pero todos sabemos que ninguno de nuestros muchos inventos ha aniquilado todavía la distancia entre la teoría y la práctica.

La tecnología no ha llenado este hueco ni puede llenarlo porque el hueco es consecuencia de la naturaleza humana. En el plan de cientos y miles de años de la Humanidad para producir una extensa abundancia mundial, hay por lo menos dos puntos flacos que están acosando a la mayoría asiática de la Humanidad. El primero de ellos es el tiempo que se necesita para hacer estos cambios radicales en costumbres fijas y los valores que se requieren para llevar a cabo el truco conjurador de transformar un primitivo campesino en un hábil trabajador industrial. El segundo punto flaco es el tiempo que se necesita, aun después de haber conseguido romper el antiguo molde de la costumbre, para constituir un fondo de habilidad técnica. Unos cuantos técnicos de primera clase pueden ser educados en una sola generación quizá. Pero, ¿cómo conseguir los hombres y mujeres de la categoría de capataces y em-

pleados, de los que una sociedad industrial necesita cientos de miles? ¿Y cómo conseguir las apenas menos numerosas manos y cerebros adiestrados que se necesitan para todos los puestos intermedios entre el capataz y la dirección? Para educar a todos éstos y mantener esta cifra necesitará probablemente varias generaciones, como poco, una sociedad que tiene que comenzar desde el principio —comenzar, quiero decir, en el nivel agrario tradicional que es el nivel de Asia hoy día—. Pero Asia está impaciente; no parece dispuesta a esperar; y, al decir esto de ella, no estoy condenándola. Estoy diciendo simplemente que Asia en esos momentos no es más razonable ni tiene una visión más clara de la que nosotros los occidentales hemos demostrado poseer durante estos últimos doscientos años, en los cuales hemos estado arrojando a la Humanidad en una nueva Edad Técnica de su historia.

Lo que quiero decir es que Asia —mi «Gran Asia», que comprende toda Africa y una buena parte de América— es un campo que está casi pidiendo un enemigo que venga por la noche a sembrar cizaña en él. El enemigo, desde luego, ha tomado ventaja de esta gran oportunidad, y no necesito deciros quién es. Os recordaré, sin embargo, que al tratar con el enemigo es siempre una buena estrategia mirarle cara a cara para poder medir su fuerza; y en la presente contienda entre Rusia y Occidente por ganar el alma de Asia — las almas de las tres cuartas partes de los campesinos de la Humanidad— una Rusia comunista tiene para Asia una atracción que sería una locura ignorar o subestimar.

La atracción de Rusia para Asia es ésta, yo creo, Rusia puede decir a Asia hoy día: «Ayer, yo, Rusia, era una anticuada sociedad de campesinos, tal como vosotros sois ahora. Como vosotros hoy, yo ayer estaba oprimida, ignorante, sin esperanzas y sumisa. Esaba, como vosotros ahora, bajo el tacón de una privilegiada minoría nativa que era asimismo el servidor de los amos occidentales del mundo. Pero miradme ahora. Mirad cómo me he levantado hasta el nivel occidental de eficiencia, prosperidad y poder. Y lo que es más, he hecho todo esto sin ayuda occidental. Me he levantado por mi propio esfuerzo. Y lo que yo hice para mí y por mí misma ayer, vosotros lo podéis hacer para vosotros el día de mañana solamente con aceptar mi consejo y seguir mi ejemplo.»

Así habla la Rusia tentadora a una Asia desconcertada y descontenta. Desde luego hay, como siempre, una trampa en lo que el tentador dice a la víctima elegida a quien está envolviendo. Pero

Adán y Eva nunca hubieran sido capaces de ver la trampa que había en sus tentaciones si no hubieran tenido un ángel bueno para iluminarles. En el próximo capítulo de nuestra historia, el reto ruso a Occidente es un reto a que seamos el ángel bueno de Asia, el ángel que conducirá a Asia fuera de la senda comunista de destrucción mostrándole un camino occidental de paz. Esa es la próxima misión del Oeste, y no hay duda de que es la más difícil de las que hasta ahora se nos han encomendado a los occidentales. Es una llamada para que nos elevemos por encima de nosotros. Una llamada que no podemos rehusar. Pero también es una llamada a la que nosotros sólo podemos responder con la ayuda de Dios.

ARNOLD TOYNBEE